

# Michael Connelly

---

**ADVERTENCIA  
RAZONABLE**



Jack McEvoy, el héroe de *El poeta* y *El espantapájaros*, sigue la pista de un asesino en serie.

El periodista veterano Jack McEvoy ha atrapado a un asesino alguna vez, pero cuando una mujer con la que tuvo un lío de una noche es asesinada de forma especialmente brutal, se da cuenta de que puede que en esta ocasión se enfrente a una mente criminal como nunca ha conocido.

Contraviniendo las advertencias de la policía y de su jefe, Jack decide investigar el caso y realiza un descubrimiento sorprendente que conecta el crimen con otras muertes misteriosas por todo el país. Un cruel asesino que ha pasado inadvertido a las fuerzas del orden ha estado escogiendo, acechando y cazando a mujeres usando información genética que ellas mismas habían compartido.

Sumergiéndose en los rincones más oscuros de la *dark web*, Jack busca a contrarreloj la última fuente que puede llevarlo hasta el asesino. Pero este ya ha escogido a su próxima víctima y está listo para atacar.

A Tim Marcia, detective.  
Muchas gracias por tu servicio a la ciudad de Los Ángeles

«¿Quién no siente al mismo tiempo repulsión y atracción  
por un acto diabólico?»

DAVID GOLDMAN,  
*Our Genes, Our Choices*

## Prólogo

Le gustó el coche. Ella nunca había estado en un coche eléctrico. Lo único que oía era el viento mientras surcaban la noche.

–¡Qué silencioso! –exclamó.

Solo dos palabras arrastradas. El tercer Cosmopolitan le había enredado la lengua.

–No lo oyes llegar –dijo el hombre que iba al volante–. Eso seguro.

Miró a la mujer y sonrió, pero ella pensó que solo la estaba observando porque se le habían atascado las palabras.

Él se volvió entonces y señaló con la cabeza hacia el parabrisas.

–Ya hemos llegado –dijo–. ¿Hay aparcamiento?

–Puedes aparcar detrás de mi coche –dijo ella–. Tengo dos plazas en el garaje, pero están... una detrás de otra. En tótem, me parece que lo llaman.

–¿Tándem?

–Ah, sí, sí. Tándem.

La mujer empezó a reírse de su propio error, una risa contagiosa que no podía parar. Los Cosmos otra vez. Y las gotas de tintura de cannabis que había tomado antes de salir esa noche en el Uber.

El hombre bajó su ventanilla y el aire fresco del atardecer invadió la comodidad del coche.

–¿Te acuerdas de la combinación? –preguntó.

Tina se enderezó en el asiento para poder echar un vistazo a su alrededor y orientarse. Reconoció que ya esta-

ban ante la puerta del garaje de su apartamento. Eso la sorprendió. No recordaba haberle contado dónde vivía.

—¿La combinación? —preguntó otra vez el hombre.

El teclado numérico estaba en la pared, al alcance del conductor si bajaba la ventanilla. Tina se dio cuenta de que conocía la combinación para abrir la puerta, pero en cambio no recordaba el nombre del hombre que había elegido llevar a casa.

—Cuatro, seis, ocho, dos, cinco.

Mientras él marcaba los números, ella trató de no reír otra vez. Algunos hombres no soportaban eso.

Entraron en el garaje y Tina le señaló el lugar donde podía aparcar, detrás de su Mini. Poco después estaban en el ascensor; ella pulsó el botón correcto y se inclinó hacia él para no caerse. Él la rodeó con un brazo y la levantó.

—¿Tienes algún apodo? —preguntó Tina.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo te llama la gente? En plan de broma.

Él negó con la cabeza.

—Supongo que me llaman por mi nombre —dijo.

Eso no ayudaba. Tina lo dejó estar. Podría averiguar su nombre después, pero la verdad era que probablemente no lo necesitaría. No habría un después. Casi nunca lo había.

La puerta se abrió en el tercer piso y Tina salió al pasillo con él. Su apartamento estaba dos puertas más allá.

El sexo estuvo bien, pero no fue extraordinario. La única cosa inusual fue que él no protestó cuando le pidió que usara un condón. Incluso se había traído el suyo. Bravo por eso, pero todavía pensaba que no habría una segunda vez. La búsqueda de ese algo indescriptible que llenaría el vacío que sentía en su interior continuaría.

Después de tirar el condón al inodoro, el hombre volvió a la cama con ella. Tina se esperaba una excusa —que tenía que empezar a trabajar temprano, que su mujer lo esperaba en casa..., cualquier cosa—, pero él quiso volver

a la cama y abrazarla. Se colocó bruscamente detrás de ella de tal forma que su espalda quedó contra su pecho. El hombre se había depilado y Tina notó que el vello que empezaba a salir le pinchaba la espalda.

–Sabes...

No siguió adelante con su queja. Él maniobró de forma que Tina quedó completamente boca arriba encima de él. Ese pecho era como papel de lija. El hombre levantó el brazo desde atrás y lo dobló para formar una V. Luego usó la otra mano para meter el cuello de Tina en la V. Apretó los brazos y ella sintió que las vías respiratorias se le cerraban. No podía gritar para pedir ayuda. No tenía aire para producir ningún sonido. Se debatió, pero tenía las piernas enredadas en las sábanas y él era demasiado fuerte. Le sujetaba el cuello como un tornillo de banco.

La oscuridad empezó a nublarle el campo de visión a Tina. Él levantó la cabeza y acercó la boca a su oreja.

–La gente me llama el Alcaudón –susurró.

# Jack

# 1

Había titulado el artículo «El Rey de los Timadores». Al menos eso fue lo que escribí en la primera línea, pero estaba convencido de que lo cambiarían, porque entregar un artículo con un titular era pasarme de la raya como reportero. El título y el subtítulo en sumario eran ámbito del director, y ya podía oír a Myron Levin reprendiéndome: «¿Acaso el director reescribe tus entradillas o llama a los protagonistas de tus artículos para hacerles más preguntas? No, no lo hace. Se limita a hacer su trabajo y eso significa que tú has de limitarte a hacer el tuyo».

Como Myron era ese director, sería difícil replicarle en mi defensa. Aun así, envié el artículo con el titular propuesto porque era perfecto. La pieza retrataba el oscuro submundo del negocio del cobro de deudas –del cual seiscientos millones al año se sustraían en timos– y la regla en *FairWarning* era poner cara a cada fraude, fuera la del depredador o la de la presa, la de la víctima o la del victimario. Y esta vez se trataba del depredador. Arthur Hathaway, el Rey de los Timadores, era el número uno. A sus sesenta y dos años se había pasado la vida delinquiendo en Los Ángeles, llevando a cabo todo tipo de estafas imaginables, desde vender lingotes de oro falsos hasta crear webs que simulaban recaudar fondos para víctimas de catástrofes. Su última estafa consistía en convencer a la gente de que debía un dinero que en realidad no debía y conseguir que lo pagaran. Y era tan bueno que estafadores novatos le pagaban por lecciones que impartía los lunes y los miércoles en un antiguo estudio de interpretación de Van Nuys. Yo me infiltré como estudiante y aprendí todo lo que pude. Y había llegado el momento de escri-

bir el artículo y usar a Arthur para denunciar una industria que cada año estafaba millones de dólares a cualquiera, desde ancianitas con cuentas bancarias menguantes hasta jóvenes profesionales que ya estaban hasta el cuello de deudas por el préstamo universitario. Todos mordían el anzuelo y enviaban su dinero, porque Arthur Hathaway los convencía. Y encima estaba enseñando a hacerlo a once futuros estafadores y un periodista infiltrado a cincuenta pavos por cabeza dos veces a la semana. La escuela de estafadores podría ser la mayor estafa de todas. El tipo era un auténtico rey y no mostraba ni un ápice de sentimiento de culpa, cual psicópata. Mi trabajo también informaba de la historia de las víctimas a las que Hathaway les había vaciado la cuenta bancaria y arruinado la vida.

Myron ya había colocado el artículo como un proyecto de colaboración con *Los Angeles Times*, y eso garantizaba visibilidad y que el Departamento de Policía de Los Ángeles tendría que tomar nota. El reinado del rey Arturo terminaría pronto y los aprendices de estafadores de su mesa redonda no tardarían en caer en una redada.

Leí el artículo una última vez y se lo envié a Myron, con copia a William Marchand, el abogado que revisaba *ad honorem* todos los artículos de *FairWarning*. No colgábamos nada en el sitio web sin que estuviera blindado desde el punto de vista legal. *FairWarning* era una empresa de cinco personas si contábamos a la periodista de Washington D. C., que trabajaba desde su casa. Un «artículo desafortunado» que nos condujera a perder un pleito o a un acuerdo forzado nos llevaría a la quiebra y entonces yo volvería a ser lo que había sido al menos dos veces antes en mi carrera: un periodista sin ningún sitio al que ir.

Me levanté de mi cubículo para decirle a Myron que por fin había enviado el artículo, pero él estaba al teléfono en su propio cubículo y al acercarme me di cuenta de que se trataba de una llamada de recaudación de fondos. Myron era fundador, director, periodista y principal recauda-

dor de fondos para *FairWarning*, un sitio web de noticias sin barrera de pago. Había un botón de donación al pie de cada artículo y en ocasiones arriba, pero Myron siempre estaba buscando al gran mecenas que nos patrocinara y nos sacaría de la mendicidad para permitirnos elegir; al menos durante un tiempo.

—Realmente no hay ninguna entidad que haga lo que estamos haciendo nosotros: periodismo combativo en pro del consumidor —le dijo Myron al potencial donante—. Si revisa nuestra web, verá en los archivos muchos artículos en los que nos enfrentamos a grandes industrias, como las del automóvil, farmacéuticas, compañías de telefonía y tabacaleras. Y con la filosofía de la Administración actual de desregulación y vigilancia limitada no hay nadie que cuide del débil. Mire, lo entiendo, sé que podría hacer donaciones que darían más visibilidad a su dinero. Veinticinco dólares al mes alcanzan para alimentar y vestir a un niño en los Apalaches. Eso lo entiendo. Le hace sentirse bien. Pero, si dona a *FairWarning*, estará ayudando a un equipo de periodistas consagrado a...

Oía el «discursito» varias veces al día, uno sí y otro también. Y además asistía a encuentros literarios donde Myron y miembros de la junta hablaban con potenciales contribuyentes altruistas y yo departía con ellos después, mencionando los artículos en los que estaba trabajando. Yo tenía un caché extra en esas reuniones por ser el autor de dos libros superventas, aunque nunca se mencionaba que habían pasado más de diez años desde la última vez que había publicado algo. Sabía que el discursito era importante y vital para mi propia nómina —no es que estuviera ganando nada que se acercara a un sueldo apropiado para vivir en Los Ángeles—, pero lo había oído tantas veces en mis cuatro años en *FairWarning* que podía recitarlo en sueños. Y del revés.

Myron dejó de escuchar a su potencial inversor y silenció el teléfono antes de mirarme.

–¿Lo has mandado? –preguntó.

–Ahora mismo –dije–. También a Bill.

–Vale, lo leeré esta noche y hablamos mañana si hay algo.

–Está listo. Hasta tiene un buen titular. Solo tienes que redactar el subtítulo.

–Más te vale...

Reactivó el micrófono del teléfono para poder responder una pregunta. Yo me despedí y me dirigí hacia la puerta, parando junto al cubículo de Emily Atwater al salir para decirle adiós. Era la única periodista aparte de mí que se encontraba en la redacción en ese momento.

–Adiós –dijo con su marcado acento británico.

Trabajábamos en una oficina situada en el típico centro comercial de dos plantas, en Studio City. En la planta baja, todo eran tiendas y restaurantes, mientras que la primera planta estaba ocupada por establecimientos abiertos al público, como compañías de seguros de coches, servicios de manicura y pedicura, yoga o acupuntura. Excepto nosotros. *FairWarning* no era un negocio abierto al público, pero la oficina era barata porque estaba situada encima de un dispensario de marihuana y la ventilación en el edificio era tan mala que llevaba el aroma del producto fresco al interior de nuestra oficina a todas horas. Myron la había alquilado con un gran descuento.

El centro comercial tenía forma de L y contaba con un aparcamiento con cinco espacios asignados a los empleados y visitantes de *FairWarning*. Era una gran ventaja. Aparcar en la ciudad siempre resultaba complicado. Y un aparcamiento cubierto suponía un beneficio todavía mayor para mí, porque en la soleada California rara vez le ponía la capota al jeep.

Había comprado el Wrangler nuevo con el anticipo de mi último libro y el cuentakilómetros servía para recordarme cuánto tiempo había pasado desde que compraba coches nuevos y aparecía en las listas de libros más vendi-

dos. Lo verifiqué al encender el motor. Me había desviado 260[espacio]931 kilómetros de mi camino.

## 2

Vivía en Sherman Oaks, en Woodman Avenue, junto a la autovía 101, en un edificio de apartamentos de la década de 1980 de estilo Cape Cod, compuesto por veinticuatro viviendas que formaban un rectángulo en cuyo interior había un patio con una piscina comunitaria y una zona de barbacoa. También tenía un aparcamiento subterráneo.

La mayoría de los edificios de apartamentos de Woodman hacían gala de nombres como Capri, Oak Crest y similares. Mi edificio no tenía nombre. Me había mudado allí hacía un año y medio, después de vender el apartamento que había comprado con el anticipo del libro. Los cheques por los derechos de autor habían ido reduciéndose año tras año y me hallaba en el proceso de reorganizar mi vida para vivir con las nóminas de *FairWarning*. Era una transición difícil.

Mientras esperaba en el empinado sendero de entrada a que se abriera la puerta del garaje, me fijé en dos hombres de traje que permanecían junto al interfono en la entrada del complejo. Uno era blanco y de unos cincuenta y cinco años, y el otro, un par de décadas más joven y de origen asiático. Una ráfaga de viento le abrió la americana al hombre asiático y vislumbré una placa en su cinturón.

Entré en el garaje sin perder de vista el retrovisor. Los dos hombres me siguieron por la rampa. Aparqué en mi plaza y paré el motor. En lo que tardé en coger la mochila y salir, estaban esperándome detrás del jeep.

—¿Jack McEvoy?

Le habían dado bien el nombre, pero lo había pronunciado mal.

–Sí, McEvoy –dije, corrigiéndolo: «Mack-a-voy»–. ¿Qué ocurre?

–Soy el detective Mattson, del Departamento de Policía de Los Ángeles –dijo el mayor de los dos–. Y mi compañero, el detective Sakai. Tenemos que hacerle unas preguntas.

Mattson se abrió la americana para mostrar que él también tenía una placa y la pistola correspondiente.

–Vale –dije–. ¿Sobre qué?

–¿Podemos subir a su casa? –preguntó Mattson–. ¿A algún sitio más privado que un garaje?

–Supongo que sí –dije–. Síganme. Normalmente subo por la escalera, pero, si quieren ir por el ascensor, está al fondo.

Señalé al extremo del garaje. Mi *jeep* estaba aparcado en medio y justo frente a la escalera que conducía al patio central.

–Por la escalera está bien –dijo Mattson.

Me dirigí hacia allí y los detectives me siguieron. Durante todo el camino hasta la puerta de mi apartamento, estuve tratando de pensar como lo que soy, periodista. ¿Qué había hecho para atraer la atención del Departamento de Policía de Los Ángeles? Aunque los periodistas de *FairWarning* disponíamos de mucha libertad para investigar historias, había una división general del trabajo, y las estafas y tramas criminales formaban parte de mi terreno, junto con los artículos relacionados con Internet.

Empecé a preguntarme si el artículo de Arthur Hathaway había interferido con una investigación policial del estafador, y si Mattson y Sakai estaban a punto de pedirme que no lo publicara. Pero, en cuanto pensé en esa posibilidad, la descarté. De haber sido ese el caso, habrían venido a mi oficina, no a mi casa. Y probablemente habrían empezado con una llamada telefónica, no presentándose en persona.